



Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



X – El juicio al monje maldito

40 – Paladín de Doncellas encuentra a alguien más fuerte

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 6
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

X. 40 – Paladín de Doncellas encuentra a alguien más fuerte



A la mañana siguiente, hacia el mediodía, las puertas de Tiberíades se abrieron y el capitán Ibrahim apareció en el terreno de justas, caracoleando orgulloso ante las tropas, en señal de desafío. Por su parte, el sultán se armó y pertrechó, y cuando se disponía a montar en su semental capa de moro, de pronto vio

a un caballero beduino que llegaba a galope tendido a través de la estepa, sobre un caballo fuerte y brioso, y blandiendo una lanza cuyo astil medía veinticuatro nudos. Iba velado con un paño de su turbante, tan prieto, que solo se le apreciaba el contorno de los ojos.

Sin aminorar su impulso, el misterioso personaje apuntó directamente hacia Ibrahim, que recibió un buen golpe; un choque que hizo temblar las montañas de alrededor, y todo ello mientras el sultán estaba aún con un pie en el estribo, y hubiera dado cualquier cosa por saber quién era aquel beduino.

– Eh, dime, y tú, ¿quién eres? –se extrañó Ibrahim, que, aparentemente compartía la misma curiosidad que El-Zâher.

– ¿Y a ti qué te importa? –le respondió el beduino.

– Pero ¿qué es lo que quieres?

– Batirme contigo.

– ¡Escucha, Brisa Bonita¹, sigue tu camino y déjame en paz! No nos conocemos, ni tenemos una deuda de sangre entre nosotros, y tú, ni siquiera formas parte del ejército del sultán.

– Que yo forme o no forme parte del ejército del sultán no cambia nada: desde el momento en que tú te has rebelado contra tu legítimo soberano, a todo musulmán le incumbe combatirte –le replicó el beduino.

¹ Forma coloquial entre los beduinos para dirigirse en un tono familiar a alguien.

– Está bien, tú lo has querido –le gritó Ibrahim–. ¡Párame esa si puedes, y vete diciendo adiós a la vida!

Diciendo estas palabras, arremetió contra su adversario con una fuerza capaz de arrancar las rocas de la cima de las montañas. El torneo se prolongó durante más de una hora, tan terrible, que aquello parecía más bien el día del Juicio final; intercambiaron tales golpes, que ponían los pelos de punta y bien podrían haber vuelto blanco el pelo de un lactante. Pero, Ibrahim no tardó en aventajar a su oponente y en tomarle la medida, como cuando un quintal se enfrenta a un dracma, o como la noche si se opone al día invernal. Iba ya a darle el golpe fatal, cuando su adversario le gritó:

– ¡Detén tu brazo, Ibrahim! ¡No abuses de tu fuerza y tu bravura con una débil mujer, de cota de soslayo y lengua parlanchina!

– Y ahora ¿qué broma es ésta? –replicó Ibrahim aturdido– Además, dime ¿quién eres tú?

– Soy tu hermana, ¡Fâtmeḥ la Indomable!

– ¡Estamos buenos! ¿Y por qué ese empeño en batirte conmigo?

– Porque sé muy bien que tú jamás podrás matarme ni capturarme –le respondió su hermana.

– ¿Y qué ventolera te ha traído hasta aquí?

– Escucha, desde que te fuiste, tus padres no quisieron quedarse ni un momento más en la ciudadela. Nos marchamos a El-Laya y allí pedimos hospitalidad al Sultán Hasan, el emir de los beduínos de la región. Nos enteramos de que, en tu orgullo enloquecido, habías llegado hasta a levantarte en armas contra el sultán, y nuestros padres me han enviado a ti para que te conduzca de nuevo al recto camino.

– Ah, ¿sí? ¡Pues vas a volverte con ellos en el acto! –le respondió Ibrahim enfadado– ¡Tiene que haber perdido la cabeza mi padre Hasan, y la Canosa haberse vuelto chocha, para enviarte así! Pero ¿tú te das cuenta de que te he podido matar?

– ¡Si te piensas que me voy a largar, ya puedes esperar sentado! –le replicó Fâtmeḥ.

– Pero bueno, ¿vas a decirme por fin qué es lo que te propones?

– Si quieres que me vaya, solo hay tres soluciones: o me matas, o me haces prisionera, o tú te rindes. En el primer caso, tú te deshonoras exponiendo mi cara y mi cuerpo a extranjeros, y encima, a francos, enemigos de la Fe. Si me haces prisionera, será más de lo mismo: cuando los francos me pongan las cadenas, descubrirán quién soy. Tu padre y tu madre te maldecirán, y tú solo conocerás miserias y fracasos, en esta vida y en la otra.

– ¡Escucha Fâtmeḥ, hermanita, se buena! –imploró Ibrahim– Vete y déjame tranquilo.

– No te canses, no te va a servir de nada.

– Entonces, no tendré más remedio que matarte –repuso Ibrahim (aunque de hecho lo único que quería hacer era asustarla).

– ¡Muy bien, pues entonces, mátame! Me da lo mismo, siempre que haya muerto combatiendo por la Fe. Tú, en cambio, te estás montando un futuro bien triste...

– Y si me rindo, como me pides, ¿qué harías conmigo? ¿Me matarías?

– ¡Por qué no! Desde el momento en que te has rebelado contra el sultán, matarte no es un crimen.

Ibrahim se quedó un buen rato sin responder. Sí, estaba en una situación muy embarazosa, el pobre, atrapado entre tres soluciones de las que, si una era mala, la otra era peor.

– ¡Está bien, Fâtmeh, ataca, ataca! –le dijo de pronto– Vamos a intercambiar dos o tres pases de lanza, yo me rindo, y que sea lo que Dios quiera: ¡decididamente tengo la suerte en contra!

El narrador dijo: Ibrahim y su hermana simulaban batirse durante unos minutos; luego, él bajó las armas. La joven, que no era una alfeñique, le agarró por la coraza, lo levantó de la silla de montar, y lo arrojó al suelo. Saad, en dos saltos ya estaba allí, se montó a caballo sobre el pecho de Ibrahim y le sujetó bien los brazos.

– ¡Vaya, por fin volvemos a encontrarnos, Panza Búfalo! –lo celebraba Saad, apretando bien los nudos de las ligaduras con todas sus fuerzas– ¿Sabes qué? ¡Aún no he olvidado tus bastonazos!

Empujando a su primo delante de él, se fue hacia el pabellón real. Mientras, Fâtmeh, sin poner pie en tierra, partió lo mismo que había llegado. El sultán no acababa de creer lo que había visto.

– ¡Por Dios –se dijo el sultán–, que ese beduino es mejor caballero que cualquiera de nosotros dos!

En ese momento pensó hacer venir ante él a ese misterioso personaje para recompensarle y, de paso, preguntarle por su nombre y su linaje; pero, para su mayor extrañeza, vio alejarse al beduino como si nada hubiera pasado. Así que, tras ordenar que encadenaran a Ibrahim, dejándolo bajo la vigilancia de Saad y de un destacamento de Baysânis, el sultán saltó rápido sobre su montura.

– Pero, *efendem*, ¿adónde vas? –se inquietó el gran visir.

– Voy a atrapar a ese beduino: tengo que saber, sea como sea, quién es, y cómo ha conseguido apresar a Ibrahim.

Picando a fondo su caballo, se lanzó tras las huellas del caballero, que le condujeron hasta El-Laya; al ver una enorme jaima al fondo del valle, el rey echó pie a tierra... y se encontró de manos a boca con Hasan El-Horâni. Éste se arrojó inmediatamente a sus pies, llorando a lágrima viva.

– ¡Concédeme tu gracia, *efendem*! –le imploró–. ¡El perdón es cualidad de las almas generosas!

– Pero, mi querido Hasan, si tú no tienes nada que temer. Anda, dime, antes de nada, ¿qué se te ha perdido a ti en este rincón olvidado del mundo? ¿y quién te manda hacer de beduino, a tu edad?

– Por desgracia, Comendador de los creyentes, no encontré otro refugio mejor: esa es la suerte que corren los que se exponen a la cólera de su señor y soberano.

– Hasan, te aseguro que no tengo nada contra ti; sólo quiero vérmelas con tu hijo.

– Pues que se cumpla la voluntad de Dios –suspiró Hasan–. Nadie está al abrigo del error, excepto el Señor de la creación, y, con cuánta frecuencia se suele actuar mal con las mejores intenciones del mundo. ¡Piedad para mi hijo, *dawlatli*!

– Tu hijo no se arriesga a nada grave –le tranquilizó El-Zâher–. Pero, dime, Hasan, acabo de ver a un caballero de hermosa apariencia entrar en tu tienda: ¿quién es?

– Ah, *dawlatli* –respondió Hasan sonriendo–, no se trata de ningún caballero, sino de tu sierva, Fâtmeḥ la Indomable, la hermana de Ibrahim.

– Llámala.

– ¡Eh, Fâtmeḥ! ¡Ven enseguida, Su Majestad nuestro señor el sultán quiere hablar contigo!

Rápidamente, salió la joven, con el rostro velado y, después de besar la mano del sultán, se quedó inmóvil ante él, con los brazos cruzados en señal de respeto.

– Y bien, Fâtmeḥ, ¿eres tú la que ha capturado a Ibrahim?

– Sí, mi señor –respondió ella.

– Me gustaría saber cómo lo has conseguido: yo mismo he combatido con él tres días seguidos, sin obtener otro resultado que el de regresar agotado cada tarde.

– Oh Servidor de los Santos Lugares –le respondió la joven, haciéndole una profunda reverencia–, ¡si yo he conseguido apresar a Ibrahim no se ha debido a mi valía militar! Aunque diez guerreros como yo hubieran atacado a un tiempo a mi hermano, únicamente habría servido para que estallara en carcajadas. No; ha sido su sentido del honor el que le ha obligado a entregarse a mí, antes que enfrentarse a la cólera de sus padres.

Entonces, Fâtmeḥ la Indomable le contó todo lo que había pasado, y la conversación que ella había mantenido con su hermano.

– Has actuado con valentía y discernimiento, Fâtmeḥ –aprobó el rey–. Pídeme un favor, que yo, por adelantado, ya te lo concedo.

– *Efendem*, yo no deseo nada más que saberte con buena salud, pero te conjuro a que perdones a mi hermano Ibrahim: su pérdida nos sumiría a todos en la desesperación, pues él es el único apoyo de estos dos ancianos...

Dicho esto, Fâtmeḥ se echó a llorar y no pudo seguir hablando.

– Si piensas que yo voy a condenar a muerte a tu hermano Ibrahim, tranquilízate –le aseguró el sultán–. Te juro por mi cabeza que jamás haría algo así, pues soy yo quien le está

obligado por los inmensos servicios que me ha prestado: no me atrevería a verter ni una sola gota de su sangre. No obstante, es indispensable que le confronte a sus adversarios en un juicio justo, conforme a la santa Ley de Muhammad. Si se demuestra que ha cometido falta, yo me comprometo a indemnizar a los denunciantes, aunque tenga que pagar para eso una *jazneh* de oro, y, si resulta que Ibrahim es inocente, yo me encargaré de infligir a los que le han acusado injustamente un castigo ejemplar.

Fâtme y su padre se inclinaron de nuevo, cubriendo de bendiciones al sultán.

– Hasan –prosiguió El-Zâher–, por mi cabeza que no pasarás una noche más en este agujero: ponte en marcha ahora mismo y vuelve a tu castillo en donde te juro que podrás vivir con total seguridad.

Dicho esto, el sultán montó a caballo y, tras haber tranquilizado a Fâtme y a Hasan, regresó a su campamento. Cuando penetró en el pabellón real, el gran visir Shâhîn se levantó rápidamente y le recibió con las muestras del más profundo respeto.

– Comendador de los creyentes, ¿has podido descubrir la identidad de ese beduino? –le preguntó.

– No –respondió el sultán–, he perdido su pista. Sin duda era un Hombre de Dios.

Se sentó en su trono y ya se disponía a ordenar que trajeran a Ibrahim, cuando el visir intervino:

– Mi señor, quisiera rogar humildemente a Tu Majestad que aplazaras ese encuentro hasta mañana.

– ¿Y eso, por qué? mi visir –se extrañó El-Zâher.

– Mi señor, tú eres un gran rey, un soberano orgulloso y acostumbrado a pedir respeto y obediencia. Ahora bien, Ibrahim es un guerrero invencible, dotado de un carácter brutal e irritable que, a buen seguro, la cautividad no habrá suavizado. Es de temer que, si le haces comparecer ahora para sermonearle, se le pudiera escapar alguna palabra malsonante, y que, tú mismo, enervado por el orgullo de los reyes, le condenaras a muerte, lo que a buen seguro no sería nada deseable.



– Que así sea –aceptó el consejo el sultán–. Tus palabras están, como de costumbre, llenas de sabiduría, mi querido visir.

Próximo relato de “El juicio al monje maldito”

X.41 – Ibrahim se escapa de nuevo